

Biblioteca-Films

Núm.
387

El Guapo de la Escuadra

25
CTS.



JACK
OAKIE

POLLY
WALKER

BIBLIOTECA FILMS
"TÍTULO DE LA SUPREMACIA"

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:
VALENCIA, 234 - APARTADO 707
Sdad. Gral. Española de Librería. Barbrá, 16
B A R C E L O N A

AÑO VII

APARECE LOS MARTES

Núm. 387

REVISADA POR LA PREVIA CENSURA

■ ■

HIT THE DECK 1930

El Guapo de la Escuadra

Film de la Radio Pictures con escenas en technicolor. Interpretación de

JACK OAKIE - POLLY WALKER

Versión novelesca de E. MOLDES

.....
E X C L U S I V A S

CINÆS S. A.

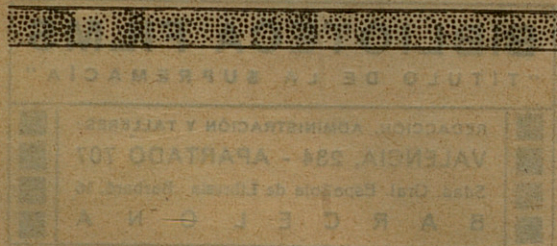
Vía Layetana, 53

Barcelona

.....
REPARTO:

Bilge JACK OAKIE
Lulú Polly Walker

ARGUMENTO DE DICHA PELICULA



Nos hallamos en un puerto de mar estadounidense. Mucha animación. La escuadra yanqui ha fondeado en la bahía y los marineros, con sus trajes blancos, se pasean por la pequeña ciudad.

Del brazo de ellos pasea el Amor. Al verles, tan limpios, tan alegres, con los rostros curtidos por el sol y por las brisas del mar, las mujeres salen a las ventanas, se hacen las encontradizas con ellos en las calles, en los establecimientos, en el parque de atracciones.

En estos momentos, los marineros no se cambiarían, ninguno de ellos, por el presidente de la República.

Su Majestad el Flirt se adueña de la situación. Muy pronto, sin saber cómo, cada marinero lleva una muchacha del brazo. Las palabras "amor", "pasión", "corazón", etc., se pronuncian una y mil veces, tan pronto por

labios masculinos como por labios femeninos.

Los marinos son los triunfadores. Si Don Juan Tenorio o el Caballero Casanova llegasen en estos instantes al pequeño puerto de mar, harían el ridículo. Ninguna mujer escucharía sus palabras. Ninguna muchacha preferiría su empaque de conquistadores a la sencillez de estos mocetones vestidos de blanco.

Y es que los marinos que ahora han fondeado en el puerto vienen envueltos en el prestigio de lo remoto. Las naves sólidas, blindadas, donde ellos viajan, donde ellos hacen alarde a cada momento de su agilidad de simios al trepar por las escalerillas de los mástiles o de las chimeneas, vienen nada menos que de dar la vuelta al mundo. Han estado los marinos en Europa, han conocido de cerca los vestigios de las grandes civilizaciones asiáticas, han hollado con sus pies recios la hierba de los paraísos oceánicos...

¡La de cosas que tienen que contar!

Muchos traen, como trofeos de conquista, un loro, un mono, una cacaúta. Ellos, naturalmente, se da cuenta de su importancia, y exageran un poco. Cuentan aventuras fantásticas ocurridas en el interior de un templo de Buda, o en las ruinas de Philae, o en una isla hawaiana, donde se oye a lo lejos el sonido del "ukelele". Y las muchachas del pe-

queño puerto de mar, acostumbradas al trato de los marinos, miran, sin embargo, a éstos con entusiasmo y con admiración. Como a héroes. Como a dioses.

Nos hallamos en la calle principal de la población. Y he aquí que en esa calle, ocupada militarmente por los marinos, se presenta un joven... ¡vestido de paisano!

Todos le miran con asombro, como si fuese un habitante de otro planeta. ¿Qué viene a hacer aquí ese hombre? ¿Por qué no se esconde en lo más oscuro de un sótano, como han hecho casi todos los varones de la población? ¿Cómo se atreve a disputar a los marinos el terreno conquistado?

A decir verdad, la apariencia del recién llegado no es, precisamente, la de un conquistador. Su arrogancia es nula. Por el contrario, tiene un aire cohibido, de persona que se halla fuera de su centro. Mira a todos lados como asustado, como atolondrado. También él cree haber caído en otro planeta; un planeta habitado únicamente por marinos y por novias de los marinos. En su diestra se balancea una maleta.

Mat, Bat y Bunny, tres marineros, tres camaradas inseparables, se acercan a él, después de contemplarle con curiosidad un tanto agresiva. Le zarandean, le dan golpes en la



Mat, Bat y Bunny...

espalda, le propinan unos amagos de puñetazos en el abdomen. No es todo belicosidad. Es que le someten a un reconocimiento médico para apreciar su resistencia.

El desconocido deja hacer. No protesta, no se rebela. Sonríe siempre. A veces, un golpe demasiado fuerte convierte su sonrisa en una mueca.

Mat, el más alto de los tres marineros, le habla un tono autoritario.

—¿Cómo te llamas?

—Bilge.

—¿Bilge qué?

—Bilge Smith.

—¡Hombre—tercia Bat—, qué casualidad! Nosotros tres nos apellidamos Smith también.

Mat sigue interrogando, inexorable:

—¿Qué haces aquí?

—Acabo de llegar. Vengo en busca de trabajo.

—¿No tienes familia en esta ciudad?

—No.

—¿De modo que estás libre, que eres dueño y señor de tu voluntad?

—Por completo.

No se habla más. Los tres marineros cambian entre sí una rápida mirada de inteligencia, y tomando en volandas a Bilge Smith, lo

llevan a los muelles y lo depositan, como un fardo, en la Oficina de Alistamiento.

Unos momentos después, el forastero recién llegado es un marino más de los Estados Unidos.

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

No deje de leer la
fantasía más gran-
de que ha creado
la imaginación hu-

mana.

SU NOCHE DE BODAS

por la bellísima IMPERIO ARGENTINA

96 páginas de texto - Precio: 1 peseta

Biblioteca Films. - Apartado 707. - Barcelona

Si no los encuentra en su localidad, pídales hoy mismo, remitiendo su importe en sellos de correo, y cinco céntimos para el certificado.

II

Pasan unos días. En un amanecer luminoso, las naves de la escuadra empiezan a despedir por sus chimeneas espesas columnas de humo. Unos minutos después, sus quillas vigorosas cortan las aguas quietas del océano.

Todas las muchachas del puerto están en los muelles, agitando pañuelos blancos. Unas sonríen. Otras tienen lágrimas en los ojos.

Poco a poco, los gigantescos acorazados, los sólidos cruceros, los torpederos rápidos, los porta-aviones, los submarinos, ven perdiendo tamaño y forma. Llega un momento que ya no son más que unos puntos negros en el horizonte. Entonces, algunas muchachas se llevan el pañuelo a los ojos. Y lentamente vuelven la espalda al mar y se encaminan hacia el interior de la ciudad. De vez en cuando vuelven la cabeza. Todavía, allá lejos, donde el mar y el cielo se juntan, queda flotando en la atmósfera una densa humareda.

La escuadra ha partido. Los marineros de

los trajes blancos, de los rostros afeitados y de los ojos que reflejan una alegría infantil, se van a otros puertos, visitarán otras tierras, otros paisajes. Repetirán, en distintos escenarios, las escenas donjuanescas, que han dejado en esta pequeña ciudad una estela de nostalgia.

Pero volverán. Las muchachas saben que volverán. Precisamente, lo único interesante que tiene este puerto de mar es ser base de la Marina norteamericana. Y les esperan, confiadas. Unas semanas, unos meses... Su espera estará iluminada por una lucecita de ilusión.

Solamente una muchacha de la pequeña ciudad no ha salido al muelle a despedir a los marinos. Solamente una muchacha de la pequeña ciudad no esperará ilusionada el regreso de aquellos niños grandes.

Es Lulú, la propietaria del modesto café del puerto. Huérfana y sola. Su única compañía es Lavinia, la criada negra que ya estuvo al servicio de su familia.

No es que Lulú desdeñe a los marinos. Lejos de eso. Su café es el punto de reunión de los buenos mozos cuando llegan al puerto, cansados de aventuras y correrías. Es para ellos como un remanso de paz. Allí se sirven buenos churros y mejor café, todo ello confeccionado por las manos primorosas de Lavinia, maestra del arte culinario. Allí se les

atiende con solicitud y con cariño por la dueña del establecimiento.

Pero nada más. Ninguno de los marineros que frecuentan el café de Lulú cuando la escuadra reposa en la bahía, ha conseguido interesar el corazón de la joven. Lulú espera. El Príncipe Encantador no ha llegado aún.

Y mientras espera, Lulú contempla una y otra vez su collar de esmeraldas. Aquellas esmeraldas gruesas y lípidas valen mucho dinero. Pero Lulú no quiere venderlas. ¿Para qué? En su mediocridad es casi feliz. No tiene ambiciones. No siente la tentación de volver a las altas esferas, donde sus padres se movieron. Aquel cafetín basta a subvenir sus necesidades. ¿Para qué más?

Entre todas las personas que han admirado el collar de Lulú, figura, en primer término, la señora Bayne.

La señora Bayne es una mujer joven aún, elegante, mundana. Es divorciada. Pero no lo será mucho tiempo. El almirante de la escuadra, hombre maduro, pero bien conservado, la ama con cariño reposado, y pronto la hará su esposa. Y la gran ambición de la dama es conseguir el collar de Lulú, para que adorne su garganta el día de su boda.

Pero Lulú, a las reiteradas ofertas de la señora Bayne, responde siempre:

—No, señora, no lo vendo... Es un recuerdo de familia, y prefiero conservarlo... mien-



...los compañeros de Smith volvieron al café.

tras las circunstancias no me obliguen a desprenderme de él.

—Si ese caso llegase, acuérdesse usted de mí.

—No tiene usted que decírmelo. Si algún día me decido a venderlo, será usted la compradora.

PIDA

el nuevo CATALOGO de
"BIBLIOTECA FILMS"
que contiene entre otros éxitos

EL DESFILE DEL AMOR y las nuevas
colecciones de tarjetas postales «LOS DIEZ
MAS SUGESTIVOS BESOS POR LOS
ARTISTAS MAS SIMPATICOS»

Lo remite gratis:

BIBLIOTECA FILMS - Apartado 707 - Barcelona

envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis



Después de algunos meses de navegación por distintos mares, la escuadra volvió al puerto que ya conocemos. Un buen día las naves arrojaron sus anclas en la bahía; las muchachas de la población se vistieron sus mejores galas, y en las primeras horas de la tarde las lanchas empezaron a depositar en los muelles su alegre cargamento de marineros.

Bilge Smith desembarcó también. Había perdido su aire atolondrado de muchacho que se encuentra fuera de su elemento, y pisaba ahora con seguridad de triunfador. Sus éxitos en el terreno amatorio, lo mismo bajo el sol de los Trópicos que en los puertos americanos, le daban esta seguridad y esta prestancia. Su aspecto no era, sin embargo, antipático. La risa que bailaba constantemente en sus labios, destruía el mal efecto que su empaque pudiera causar.

Mot, Bat y Bunny, los que le habían abierto

el camino de la Marina, seguían siendo sus compañeros inseparables. Pero aquí, en este puerto, no. En este puerto cada cual tenía sus compromisos, y los amigos se olvidaban para atender solamente a las novias.

El pobre Bilge era el único que no se sentía ligado a aquella tierra por el lazo más insignificante. Por eso, al verse sin amigos, sin compañeros, aceptó la compañía de Toddy, el marinero negro, que también tenía en aquel puerto sus amores.

La novia de Toddy era Lavinia, la criada de Lulú. Y así, suavemente, el destino empujó a Bilge Smith hacia el establecimiento de la gentil muchacha.

¿Usted, lector, cree en los flechazos de Cupido? ¿Usted cree que un hombre y una mujer se miran a los ojos unos segundos y se quedan enamorados el uno del otro?

Si no lo cree, no siga leyendo. Esto no le interesaría.

Porque lo cierto fué que Lulú sintió, al ver a Bilge, ese latigazo de que suelen hablar los novelistas; y a Bilge le sucedió exactamente lo mismo cuando vió a Lulú.

Pero disimuló. Y se dejó querer. La muchacha no consintió que las manos mercenarias de Lavinia sirviesen a su Príncipe Encantador—que al fin acababa de llegar hasta ella,—y por sí misma puso en la mesa el aremá-

tico café y los frescos churros, que a Bilge le supieron a ambrosía.

Ella se sentó junto a él. Le acercaba el azucarero; ponía en sus manos la cucharilla.

Por fortuna, el café estaba absolutamente solitario. Para que se quedase más solitario aún, Lulú ordenó a Lavinia que cerrase y le dió permiso para salir con su novio.

Así, quedaron él y ella frente a frente. Dispuestos para esa batalla de los sexos, que, desde la creación del mundo, trae de cabeza a toda la humanidad.

Bilge comía y callaba. Perdonadle. No era un caballero.

Lulú le miraba comer, y callaba también.

Terminada la colación, el marinero se repantigó en la silla, como lo hubiera hecho en el más mullido "comfortable", y sacó un cigarrillo. No tuvo necesidad de encenderlo. Lulú, rápida, le presentó la lumbre de una cerilla. Smith acercó a ella el cigarrillo y se elevó en el aire una ligera columnita de humo.

—Toddy me ha dicho que se apellida usted Smith—insinuó la muchacha.

—Sí, así me dicen—respondió él con displicencia.

—¿Tendrá usted tantas cosas que contar!

—Algunas...

—Viajes... aventuras...

—Sí; muchas aventuras.

—¿De amor?

—De amor, naturalmente; es mi flaco.

—¿Tendrá usted muchas novias?

—Una en cada puerto, por lo menos.

—¿Y en este puerto no tiene usted ninguna?

—Una.

—¿Puedo saber quién es?

—Usted.

—¡Oh!

Lulú se ruboriza. No sabe qué decir. Sonríe. Y su alma se inunda de alegría, de una alegría loca, que tiene brillo de sol y sonido de cascabeles.

Por decir algo, por desviar la conversación de aquel camino torturador, pregunta:

—¿Está usted a gusto en la escuadra?

—Precisamente a gusto, no. Estoy en ella porque no tengo más remedio.

—¿Qué quisiera usted, entonces?

—Ser capitán de barco. Tener un barco mío, mío propio, y mandarlo yo, e ir adonde se me antojase.

—Pero eso es un sueño casi irrealizable.

—No tan irrealizable. No crea usted que aspiro a tener un trasatlántico. Me contento con un barco chiquitín, de cabotaje, para poder hacer de él mi casa y llevar siempre conmigo, a todas partes, a mi mujer.

—¡Dichosa la mujer que usted elija!

—¿Le gustaría a usted ser la elegida?

—¿A mí?...

Lulú se ruboriza más. Y Bilge, sin dejar de sonreír, se levanta y se dirige a la puerta. La joven se levanta también. Está triste. Dentro de unos segundos, aquel hombre que ha despertado su corazón estará fuera del establecimiento... ¿Volverá? Lo más probable es que no. En cuanto esté en la calle, otras muchachas, más casquivanas, más frívolas que ella, se lo robarán. ¡Y habrá perdido para siempre la felicidad que un instante había pasado por su lado!

Le llama, con una voz débil, como un suspiro:

—Smith...

El se vuelve y se acerca a la muchacha; sin decir nada, deposita en sus labios un beso largo, un beso "de novio".

Es uno de esos instantes que valen por una vida.

Lulú hace un esfuerzo para reponerse y le ruega:

—Quédese a cenar conmigo... Los dos solitos, mano a mano...

—¿Y después?

—Después... saldremos a pasear, iremos al parque de atracciones. ¿No le gusta el programa?

—¡Me encanta, muchacha!! ¡Acepto.

—Entonces, espéreme usted aquí. Voy a preparar la cena en un santiamén.

Bilge se queda solo en el café desierto. Piensa en Lulú. Piensa que aquella joven no es como las mujeres que él ha conocido en esos puertos de Dios. Tan dulce, tan solícita, tan buena...

Pero, ¡ay!!, la carne es flaca. Y la carne de un marino, mucho más. Pasan por delante de la ventana del café, Mat, Bat y Bunny. Pasan cogidos del brazo, cantando alegremente. Han bebido algunas copas de más, y la vida es para ellos de color de rosa.

Bilge Smith siente el aguijónazo de la tentación. Ellos se divierten. Faltan algunas horas aún para volver al barco. Y en la ciudad hay cabarets, y en los cabarets hay mujeres pintadas, y música de "jazz", y complicados "cocktails", y centenares de botellas de "whisky"...

Sigilosamente se levanta, se dirige a la puerta, la abre y sale.

Unos segundos después no son tres, sino cuatro, los marineros que se alejan, cantando, calle arriba...

—¡Ya está la cena lista, Smith!

Es la voz cantarina de Lulú. Habla la muchacho desde la puerta, antes de entrar en la sala del establecimiento. Pronto advierte



La fiesta brillante.

que está sola. Smith ha "volado". Y cae sobre una silla, y se echa de bruces sobre una mesa, para llorar a sus anchas, mientras las sombras del crepúsculo van invadiendo el modesto café.



IV

Lulú esperó un día, dos, tres. Esperó todos los días que la escuadra permaneció fondeada en la bahía. Y Bilge Smith no volvió.

En el muelle, cuando la escuadra levó anclas, hubo esta vez una muchacha más: Lulú. Pero ella no sonreía esperanzada, ilusionada, como las otras que había a su lado. Ella no agitaba un pañuelo blanco. Ella sabía que ninguna de aquellas gorras de los marinos que allá en los barcos enviaban su adiós, se agitaba para ella.

Cuando sólo quedó en el horizonte una leve humareda, Lulú se volvió al café. Sufría. Se lamentaba del destino, que había puesto al alcance de su mano la felicidad, para luego hurtársela con una pirueta de "clown".

Todo el día estuvo meditando, pensando, torturándose. ¿Por qué se había marchado Smith? ¿Por qué no había vuelto? ¿Por qué la había abandonado, dejándole en los labios el sabor de la miel?

Creyó, después de mucho discurrir, hallar

la solución al enigma. Smith la había abandonado por pobre. El necesitaba una mujer que pudiese realizar sus sueños...

Al día siguiente, el collar de esmeraldas de Lulú estaba en poder de la señora Bayne. En cambio, en las manos de Lulú había un buen fajo de billetes de Banco. ¡La pobre muchacha creía, en su ingenuidad, que la felicidad puede comprarse!

Empezó por transformar el café. Lo decoró de nuevo, le dio un tono elegante, de establecimiento mundano.

¡En vano todo!

Cuando la escuadra regresó, los compañeros de Smith volvieron al café; pero Smith se mantuvo alejado.

Entonces, viendo la joven que nada conseguiría por aquel camino, fué a contar sus cuifas a la señora Bayne. La cual, compadecida de la muchacha, consiguió que su prometido oficial, el almirante, diese una fiesta a bordo del buque insignia, a cuya fiesta se rían invitados todos los marineros de la escuadra que se apellidasen Smith. De ese modo, Lulú, que iba a correr con los gastos de la fiesta, encontraría al hombre que buscaba.

Todo se llevó a cabo como Lulú lo pensó. La fiesta, brillante. Toda la "high life", todo el "elemento oficial" de la pequeña ciudad había sido invitado, y había a bordo del destructor un ramillete de caras bonitas, y los

marineros estaban muy convencidos de que su buque insignia se había convertido en una sucursal del Paraíso.

Cuando mediaba la fiesta, se presentó Bilge Smith. Hasta entonces no había recibido la invitación, por hallarse fuera de su barco, y le faltó tiempo para ir en busca de su amigo Mat, que, como sus camaradas Bat y Bunny, se contoneaba como un pavo real entre las mujeres bonitas.

—¿A qué viene toda esta fiesta?—le preguntó Bilge.

—No lo sé, chico. Sólo sé que se nos ha invitado a todos los Smiths, y que paga el gasto una señora rica... ¿Quieres conocerla?

—Gracias. Las ricas no son para mí.

Y Bilge Smith giró sobre sus talones. Pero no había andado diez pasos, cuando, detrás de una escotilla, se tropezó de manos a boca con la propia Lulú, que no pudo dominar, al verle, un gesto de alegría.

—¿No me reconoce usted?—le preguntó.

—¿Yo?...

—Sí, usted. Haga un esfuerzo de memoria.

—Pues, la verdad... me parece que la he visto a usted en alguna parte, pero no caigo dónde...

—¿No se acuerda usted de aquella muchacha del café del puerto?

—¡Naturalmente que me acuerdo!! ¡Es usted... eres tú! ¡La reina del café en persona!

—¡Al fin!!!... Menos mal que mi recuerdo no se ha evaporado del todo.

—No, si bromeaba... La reconocí en el primer momento; pero no quería confesarlo.

Fueron a sentarse lejos del bullicio de la fiesta, en la sombra que proyectaba sobre la cubierta, a babor, una de las chimeneas del acorazado. La escena tierna del café, después del paréntesis de las semanas de ausencia, tenía hoy una continuación.

Lulú se volvió hacia Bilge, que la contemplaba con embeleso, y le dijo con su voz dulce:

—Mientras usted me olvidaba, yo pensaba en sus promesas. ¿Recuerda usted lo que me dijo aquella tarde?

—No... Exactamente no... Dice uno tantas cosas...

—¿A las mujeres, verdad?

—No, no... no quería decir eso...

—Sí, ¿por qué no?... ¿A qué engañarnos? Ya sé que tiene usted una novia en cada puerto y que a todas les dirá, poco más o menos, lo que me dijo a mí.

—¿Y qué es lo que le dije? ¿Puede saberse?

—Me dijo usted que quería ahorrar dinero para ser capitán de un barco mercante...

—¿Y qué más?

—Y que después se casaría.

—Sí. Con usted... Ahora ya lo recuerdo.

—Lo recuerda usted, porque es lo que le dirá a todas las muchachas.

—¡No, no! ¡Es usted muy mal pensada!

—Bien, es lo mismo... Se levantó usted bruscamente y empezó a andar hacia la puerta... Yo le seguí... y de pronto, usted se volvió...

—Y la besé, ¿no?

—También es lo que hace usted con todas las muchachas?

Bilge se echó a reír, un poco turbado.... ¿Acaso sabía leer Lulú en su pensamiento? Por disimular, intentó repetir la hazaña del café, pero ella lo rechazó con un gesto digno.

—¡No, más besos, no!

Callaron, contemplando la fiesta que se desarrollaba ante ellos. Hallábase ésta en su apogeo. Las lindas muchachas que llenaban el barco trepaban en aquellos momentos a los gigantescos cañones, que se elevaban lentamente en el aire con su dulce carga, en tanto que la orquesta amenizaba el espectáculo con sus números más alegres y más movidos. En el amplio espacio que se extendía al pie de los cañones, los marineros cantaban y bailaban. Se diría que despedían a sus bellas compañeras.

Bilge se levantó y se colocó ante Lulú.

—¿No nota usted nada nuevo en mí?

Ella le miró, sin comprender. Reparó al fin

en unos galones que orlaban las mangas del uniforme del marinero.

—¡Oh! ¡Ya es usted tercer contramaestre!!

—Con cuarenta dólares de paga al mes, muchacha. ¡Soy casi un potentado!

—Le felicito, Smith.

—Deje las felicitaciones para luego. ¿Quiere usted que nos casemos esta misma noche?

—¿Esta noche?

—En cuanto termine la fiesta, yo la acompaño a usted a tierra. Vamos a casa de un cura, nos echa las bendiciones... ¡y hétenos aquí marido y mujer!

—Pero, ¿por qué tanta prisa?

—Porque mañana por la mañana zarparemos otra vez.

—¡Otra vez!

—Este es mi último viaje; ¡prometido! Después los dos juntos, siempre juntos, ¿eh?

Y al decirlo, se estrechaba contra ella, como si quisiera demostrale que entre los dos no podría caber ni el canto de una tarjeta. Y tanto se juntaron sus cuerpos, que, sin darse ellos cuenta, sus labios se buscaron, y aquel programa de felicidad quedó sellado con un beso.

Bilge se arrancó la placa de latón que pendía de su cuello.

—No tengo ningún anillo de compromiso—dijo—; pero tengo, en cambio, mi placa de identidad. Tómala. Tuya es...

Lulú la aceptó. La guardó sobre su corazón. Después atrajo hacia sí al marino, se sentaron de nuevo, y ella, en voz muy baja, muy emocionada, le dijo a él:

—Ahora voy a decirte una cosa... También yo tengo un regalo para ti.

—¿Un regalo?

—Algo que tú deseas mucho... una gran sorpresa...

—No caigo...

—¿No deseabas un barco mercante?

—Sí.

—¿Quieres que yo te lo regale?

—¿Tú?... ¿Me estás tomando el pelo?

—Hablo en serio... Puedo comprar uno y hacer de él nuestro nido.

—Pero... ¿es en serio... de veras en serio?

—¡Naturalmente!

—¿Entonces, tú eres esa dama rica que paga la fiesta?

—Sí.

—Así, eres una muchacha de dinero, ¿eh? Y esas gentes que bailan ahí, ¿son gentes de tu clase?

—Aunque así fuese... ¿Qué puede importarte eso?

Bilge se levantó indignado, fuera de sí.

—¡Sepa usted, señorita, que yo no acepto regalos de mujeres ricas!

—¡Pero yo no tengo la culpa de ser rica!

—Cuando la vi por primera vez, no me fué

usted indiferente; pero luego la olvidé... Y al volverla a encontrar esta noche, confieso que me sentí inclinado hacia usted más que nunca. ¡Pero ahora todo ha terminado entre nosotros!

—Pero Bilge—exclamó ella tendiéndole los brazos, sujetándole, al ver que se marchaba, tal vez para no volver a encontrarle nunca más.

El la rechazó brutalmente.

—¡Cuando me case, seré yo el que haga los regalos... no mi mujer!

Se apartó algunos pasos. Mat, que andaba por allí cerca, al ver a Lulú dejarse caer sobre una escotilla echó un mar de lágrimas, corrió hacia ella. Bilge le cortó el paso.

—Oye... ¿a tí quién te ha llamado aquí?

Contestó el otro violentamente, y los dos amigos vinieron a las manos. Con tan mala fortuna, que lo hicieron en el preciso momento en que el almirante subía a cubierta. Formaron ante él todos los marineros, y el jefe de la escuadra preguntó lacónicamente:

—¿Quién ha sido?

Bilge adelantó un paso.

—Yo, señor.

—Aquí no quiero pendencies, y mucho menos cuando se está celebrando una fiesta a bordo. ¡Llévense arrestado a este hombre!

Pero, rápida, Lulú se adelantó hasta el almirante y le suplicó:

—¡Perdónele, señor! Es mi Smith, el que yo buscaba...

—Bien. Puesto que la señorita lo pide, queda sin efecto la orden.

—Lo siento, señor... Pero no quiero deber favores a esta mujer.

Y Bilge, conducido por dos marineros, fué transportado a su buque.

V

Ha pasado algún tiempo. La escuadra ha vuelto otra vez al pequeño puerto de mar; pero sin Bilge Smith. Lulú interrogó a sus compañeros, a Mat, a Bat, a Bunny. Sin resultado. Lo único que pudo averiguar fué que su amado había sido expulsado de la escuadra, a raíz de su gesto de rebeldía cuando ella intentó protegerle.

Desconsolada se hallaba la muchacha, cuando la puerta del café se abrió, y en el vano apareció Bilge Smith. Pero no el Bilge Smith que nosotros conocemos, atildado, afeitado, vestido pulcramente de blanco. El hombre que se presentaba ahora venía sucio, tiznada la cara de carbón, las manos encallecidas por el trabajo.

Lulú dejó caer la bandeja que portaban sus manos. Bilge adelantó hacia ella, naturalmente, como si se hubiesen visto la víspera.

—¿Podría lavarme, Lulú? Cargar carbón es un trabajo tan sucio...

Mientras se lavaba en la palangana que

ella se había apresurado a traerle, él le dijo:

—Ahora vengo de Buenos Aires.

—¿De Buenos Aires?

—Sí. Me echaron de la escuadra y me gano la vida como puedo... A propósito, me han dicho que ya no es usted rica.

—Es cierto.

—Eso me gusta; ahora estamos iguales.

Terminó de lavarse, de secarse. Lulú se había sentado, y él fué a sentarse a su lado.

—Lulú... tú necesitas quien vele por ti... Yo estoy aquí ahora y... y...

—Pero, ¿me quieres todavía?

—Sí, te quiero; no he dejado de quererte ni un momento... y como me han prometido confiarme un barco...

—¿Un barco mercante?

—No. Una barcaza carbonera... No es tan limpio como un buque mercante, ya lo sé... pero... ¿querías embarcarte conmigo?

La cosa marchaba viento en popa. Lulú cantaba ya victoria. Pero está demostrado que no se puede cantar victoria de antemano. En aquel momento, Lavinia, la criada negra, que en el interior del café arreglaba los vestidos de su señorita, se presentó, trayendo en las manos dos elegantes trajes de "soirée".

—¿Qué vestido se pondrá la señorita para la fiesta de esta noche?

Lulú habría querido que se la tragase la tierra. Le hizo señas de que se retirara. Pero

era ya demasiado tarde. Bilge acababa de levantarse y examinaba aquellos trapos lujosos.

—¿Son tuyos estos vestidos?

—Sí... Pero no te mentí, te lo juro. ¡Soy pobre!

—¡Mientes! ¡Lo que quieres es humillarme!

Se dirigió a la puerta, renegando de las mujeres, renegando de sí mismo. Lulú le siguió, humilde. El gritaba:

—¡Ya te lo dije una vez! ¡No me casaré nunca por dinero!

—¡Pero si no tengo dinero!

—¡Eso no es cierto!

—¡Te lo juro! Para ser feliz, me he librado de él.

—¿Qué dices?

—Lo deposité en un Banco y no puedo tocarlo... Está a nombre de otra persona.

—¿De qué persona?

—No me preguntes nada... no puedo decirte...

—¡Entonces, adiós!

—No, espera... Te lo diré todo. Lo puse a nombre de mi primer hijo... si se apellida Smith...

—¿Cómo resistirse? Los brazos fuertes de Bilge Smith estrecharon el frágil cuerpecillo de aquella niña que sabía amar como mujer...

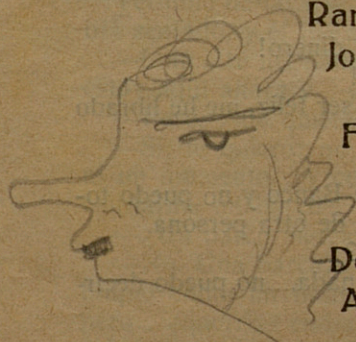
FIN

¿Quiere usted conocer la vida artística de sus artistas predilectos?

Coleccione las biografías publicadas por

BIBLIOTECA FILMS

(TÍTULO DE LA SUPREMACÍA)



25 CÉNTIMOS
VOLUMEN

Antonio Moreno
Ramón Novarro
John Barrimore
John Gilbert
Fred Thomson
Lillian Gish
Charlot
Dolores del Rio
Adolfo Menjou
Janet Gaynor
Buster Keaton
Lon Chaney

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona

Si no encuentra en su localidad, remita su importe en sellos de correo, al Apartado
707 Barcelona

Coleccione usted las célebres ■■■■

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

(Título de la supremacía)

El General Crack

John Barrymore

El Rey Vagabundo

Jeannete Mac Donald

Un Hombre de Suerte

Roberto Rey

Cascarrabias

Ernesto Vilches

Noches de New-York

Norma Talmadge

La Voluntad del Muerto

Antonio Moreno

Las Luces de la Ciudad

CHARLOT

96 páginas de texto selecto

— Portada a todo color —

Precio del tomo **UNA peseta**

— PEDIDOS A —

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previa
gavio del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis